

Detrás de esa puerta

Silvia González

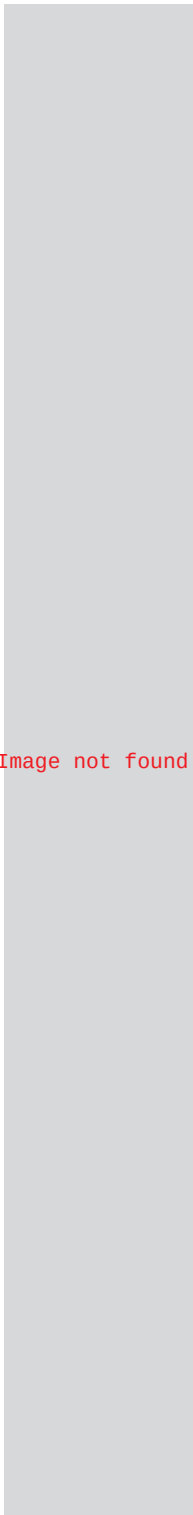


Image not found.

Capítulo 1

Detrás de esa puerta se esconde una historia de masonería

Desde niña supe por mi abuela Erminda que en esta estancia de Capilla del Monte, aquí en Córdoba, se ocultaban secretos en la arquitectura de la casona, que todos llamábamos "Casona de Elena" sin saber porqué.

Nunca le creí a mi abuela por completo, aunque los exquisitos decorados con simetrías, con formas octogonales o con círculos en lugares inesperados, dieran testimonio de símbolos de alguna antigua logia. Por fuera, en las alturas, se destacaban, desafiando el azul-celeste del cielo, ocho pequeñas torres, coronadas por una veleta en forma de gallo, representando el despertar, el salir de las sombras, el tiempo de la luz.

El jardín era un vergel con árboles de adorno, con frutales, con enormes canteros de flores de épocas cálidas como los agapantos violetas o las valientes y bellas gazanias, que soportaban heladas tardías.

Un hecho singular hacía que la abuela Erminda defendiera a pie juntillas su teoría masónica: una parra extendida por varios metros y soportada por una estructura de rejas enmohecidas, hacía su explosión en inmensas hojas verdes durante la primavera, pero nunca daba uvas, ni siquiera sus troncos marrones cobijaban algún trémulo racimo.

La abuela afirmaba que esta para fue traída por un monje de España en el siglo anterior y que, dado su hábito de fraile, pero sus prácticas masónicas, tanto él como sus obras estaban malditas. A su muerte, se encontró, entre otras cosas, un manuscrito de tapas rojas donde reconocía su admiración por una logia que intentaba, de buena fe, conciliar a la Iglesia con la masonería. Pero, de manera evidente, murió sin ver sus resultados y la pobre parra maldecida, siguió sin dar frutos.

Por lo demás, nuestra vida en la estancia era apacible; sobremesas de café, lecturas en tardes felices a la sombra del jardín, riendo ante los frustrados intentos de nuestro gato por atrapar zorzales, tan lentos en apariencia. Esporádicamente, arribaba alguna que otra visita de turistas. Sus muestras especiales de cariño por nuestro hogar, su melancolía y pena al partir, nos mostraban la sutil energía que todo lo habitaba.

A principios de diciembre, Evaristo, el párroco del pueblo, nos comunicó que llegaría una delegación de sacerdotes españoles que deseaban conocer la casa. Y así fue. Llegaron una tarde calurosa, eran tres. Los hicimos pasar, la abuela Erminda estaba expectante, un gesto de complicidad la acompañaba.

Uno de los sacerdotes, Estanislao, nos daba conversación, mientras los otros dos parecían ir directamente allí donde los supuestos símbolos masónicos resaltaban de todo lo demás. Luego de un tiempo que no pude precisar, los monjes, cada vez más circunspectos, pidieron quedarse a solas en el gran salón de entrada con sus vetustos sillones. Nos retiramos en silencio, sin saber que pensar.

Al poco rato, un canto gregoriano de inusitados tenor y belleza inundó la estancia. No supimos de dónde provenía la música ni sus potentes acordes, pero las voces invadieron cada rincón con una energía inesperada.

Pasadas las seis de la tarde, los sacerdotes se despidieron con educada cortesía, pero sin dar explicaciones. La abuela sonreía, pero tampoco dio explicaciones.

Unos meses después, a finales de marzo, cuando los ocre comienzan a colorear las hojas, la parra, frondosa, exultante, apenas podía sostener sus rosadas y dulcísimas uvas.